

empezaron a servir una magnífica y abundante comida que con el paso del tiempo he olvidado que fue lo que comí, pero sí, en mi memoria, quedó hondamente grabada la diferencia entre el trato recibido por los encargados de nuestro transporte en el lado mexicano y el que nos diera el cruzar la frontera.

EL MAYORDOMO

En 1945, D'arrigo Brottis. Mountain. View en California.



Sentado: Francisco Rivas (mayordomo). De pie: Angel Farfán, José Piedad Melgoza y otros, cortando brockle.

Dos días más con sus respectivas noches, viajamos después de haber cruzado la frontera, hasta el lugar donde por fin fuimos informados de que habíamos llegado a nuestro destino; durante el trayecto, ya en territorio estadounidense, se nos dieron instrucciones para que se organizaran grupos de entre diez a doce hombres, procurando que se juntaran aquellos que de alguna manera tuvieran una mayor afinidad para la convivencia y el desarrollo de las labores que les fueron encomendadas y además era importante que se nombrara alguien que hablara en representación del grupo y de preferencia si había alguno que entendiera algo el idioma inglés.

No tardaron mucho en comenzar las especulaciones, volviendo al tiempo que duró el viaje, acerca del área a la que íbamos destinados y la clase de trabajo a desarrollar; de lo primero, se decía que íbamos hasta un Estado fronterizo con Canadá y en relación con el trabajo, se aseguraban que era el desajije del betabel, tema que sirvió para entretener toda clase de conclusiones, ya que los que conocían o habían oído algo más al respecto, decían que este desajije era de los trabajos más crueles y agotadores que pudieran existir.

El grupo de doce que nos juntamos nombró su representante a un Jesús Gómez, ya que durante el viaje había manifestado que él conocía algo del idioma debido a que estuvo tiempo atrás, trabajando en algún lugar de los Estados Unidos y como la mayor parte de los que quedamos integrados al grupo éramos gente más bien acostumbrada a la vida citadina y con escasos

conocimientos sobre asuntos agrícolas, aceptamos el nombramiento del Sr. Gómez; sin embargo, pronto empezó este señor a dar muestras de que su conocimiento del idioma no alcanzaba para resolver las necesidades del grupo referentes a la instalación habitacional que nos serviría para vivir durante el tiempo que durara el trabajo a desarrollar.

La habitación que se nos proporcionó era un vieja casona de dos pisos a la que le faltaba poner en condiciones de uso los servicios sanitarios, por fortuna un ciudadano de origen mexicano, empleado del ferrocarril, cuyo trabajo era inspeccionar la vía, se encontraba cerca y sirvió de intérprete y aunque su vocabulario no era muy extenso, pues

no entendía lo que era el servicio sanitario, si nos ayudó a solucionar el problema, finalmente y con la buena voluntad de la persona que sería nuestro mayordomo, quedamos bien instalados en este pequeño pueblo, que nos serviría de base para acudir a realizar nuestro trabajo.

Hugh Brady, nombre de la persona que nos guió y que con muy buena voluntad fue nuestro maestro en los varios quehaceres que tuvimos que realizar, mientras el betabel (las pequeñas plantas) crecían al tamaño apropiado para el expectante desajje. Nunca se borró de mi memoria la bondadosa actitud con la que siempre se condujo, incluso en ocasiones en las que cometíamos algún error y la paciente actitud que mostraba para enseñarnos los pormenores de algún trabajo que nunca habíamos realizado; estas actividades las llevábamos a cabo para no estar desocupados ya que una de las cláusulas del contrato de trabajo, establecía la obligación de abonar una determinada cantidad, cuando la falta no fuera por causa del trabajador.

En cuanto a la alimentación, ya estaban hechos los arreglos para que un matrimonio, dueño del único restaurante que había, se encargara de atendernos y aún y cuando era un pareja de edad un tanto avanzada, la atención recibida demostraba el deseo de darnos satisfacción, hasta donde su capacidad les permitía y aquí fue donde el señor Gómez, empezó a mostrar que su conocimiento del idioma no era lo que nos había dicho porque más de una semana estuvimos desayunando hot cakes hasta que un domingo nos la pasamos en ayunas hasta el mediodía que llegaron a abrir, con seguridad a él si le avisaron y cuando le preguntaban si nos gustaban mucho o queríamos algo diferente, lo único que respondía era su acostumbrado yes, yes.

De los doce que componíamos el grupo, éramos dos los que sabíamos suficientes palabras del idioma, como para pedir cualquier cosa, solo que nuestra timidez de meter la pata nos orillaba a quedarnos callados pero animados y con el apoyo de la mayoría, le dimos las gracias a don Jesús, por sus servicios como interprete y desde ese día empezamos a desayunar algo diferente de los hot cakes.

Por fin llegó el día de trabajar en el esperado desajje de betabel y a cada uno se nos entregó un azadón de mango corto y ya en el campo se nos separó a quienes nunca habíamos hecho este trabajo y se nos instruyó acerca de lo que teníamos que hacer; a lo largo del surco aparecía una hilera de plantitas que había que quitar con el azadón e ir dejando solamente una en una, separadas por una distancia de aproximadamente unos 25 centímetros y tan pronto como quedó bien claro lo que había que hacer, empezaron las bromas acerca de lo inútil que había resultado tanta preocupación, cuando era tan fácil y tan sencillo el trabajo a desempeñar.

Pero la realidad vino a poner las cosas en su lugar, porque a las dos o tres horas de haber empezado a trabajar ya no podía uno enderezarse por las dificultades del dolor de cintura, ya que el trabajo se realiza inclinado, llegando a un grado tan intenso este dolor que hasta para sentarse a comer tenía que hacerse poco a poco y agarrándose del respaldo de la silla y por las noches se oían los lamentos que hasta en sueños emitían algunos.- Pasadas unas tres semanas y cuando más o menos ya estábamos algo acostumbrados al vil trabajo, dividieron el grupo en dos y los seis que quedamos, fuimos trasladados a otro pequeño pueblo en el que la principal ocupación era la recolección de papa.

En este nuevo lugar, los seis ya mejor identificados en varios aspectos de nuestra convivencia, pronto logramos un alto grado de aceptación entre los principales residentes, pero de manera especial en el hombre para el que llegamos a trabajar; en buena parte, quizá a que fuimos capaces de desempeñar labores desde carpinteros y albañiles hasta el manejo de vehículos automotores.

Aún no empezaba la cosecha de papa, principal producto agrícola en esta área y por ello hubo que participar en la construcción de una bodega, en parte subterránea; pero el techo acondicionado con un excelente sistema aislante del clima riguroso de la región, de manera que cuando empezaron a soplar los primeros vientos helados, teníamos en el interior de la bodega una agradable temperatura.- En la construcción de esta bodega o almacén, desempeñamos trabajos de albañiles y carpinteros y a mí me tocó acarrear la madera desde un no muy lejano aserradero, manejando un camión con muy escaso servicio de mantenimiento, dadas

las condiciones en que la industria automotriz se mantenía, dedicada exclusivamente a cubrir las necesidades del ejército, así que tenía que maniobrar con sumo cuidado para bajar del aserradero y también ya en terreno plano debido al estado de mal funcionamiento de las balatas en el sistema de frenos.

Muy a tiempo terminamos de construir el almacén para empezar a recibir y descargar los camiones, que cargados de papa, empezaron a llegar a comenzar la cosecha y de los seis, ninguno fuimos a recoger la cosecha. Nuestra ocupación consistió en descargar los camiones procedentes de los campos, seleccionar la papa, encostalarla y cargar furgones de ferrocarril; para la selección fue instalada una banda para transportar la papa en uno de los extremos, una tolva donde se vaciaban los costales y en el otro, los encargados de llenar y coser los costales ya con la papa seleccionada y lista para llenar los furgones del ferrocarril colocados en una vía casi pegada a la pared del almacén y a través de una ventana hecha para cumplir ese propósito.

Antes de seguir con la narración, quiero hacer un pequeño paréntesis para señalar lo positivo, que en el aspecto moral, resulta un hecho cuando se aplica la ley sin favoritismo ni componendas de ninguna especie: sucede que cada furgón de ferrocarril cargado de papa, debía ser aprobado y certificado por un inspector del gobierno y esta representación la tenía un ciudadano vecino del pueblo y de escaso poder económico, comparado con nuestro patrón, que controlaba la mayor parte de la cosecha de papa de esta región y como el patrón le interesaba despachar pronto la producción, obligaba a quienes estaban encargados de alimentar la banda, a que vaciaran más rápido los costales, dando por resultado que por más atención que se pusiera en seleccionar, no se podía desechar toda la papa que no reunía el requisito de primera calidad y así se iban los costales al llenado del furgón.- Pero esa vez que ya estaba casi lleno el furgón el inspector ordenó que se entresacaran dos costales para examinarlos, resultando que el contenido no cumplía con el porcentaje de calidad requerida y hubo que descargar todo el furgón para volver a seleccionar su contenido y nos preguntamos si esto pudiera haber sucedido, en algún lugar de nuestro querido territorio nacional.

Después de este incidente ya no volvió a repetirse otra situación igual y así seguimos con nuestra diaria rutina y cuando vimos por primera vez en nuestra vida, caer una nevada intensa y abundante, pudimos comprobar la comodidad del almacén o bodega que habíamos ayudado a construir y el excelente aislamiento, del sistema empleado en la construcción del techo, que nos permitía realizar nuestra tarea como si estuviéramos en el interior de nuestra habitación.

En el transcurso de unos pocos días, terminó nuestro contrato para trabajar en EE. UU. y empezaron los preparativos para regresar a México pero yo no deseaba regresar todavía y hasta donde me alcanzaba la capacidad hice gestiones para que me cambiaran a otro lugar y renovar mi contrato ya que en esta región el clima invernal es tan riguroso, que todas las actividades relacionadas con el campo quedan suspendidas, sin embargo, por más que expuse mis intenciones ante las autoridades del trabajo, no pudieron o no quisieron resolver mi deseo; así que empecé a elaborar un plan para abandonar las oficinas del campo al que nos enviaron, mientras se formalizaba el regreso a México y pedí un permiso para visitar al señor Brady mi ex mayordomo, cuya residencia distaba una hora aproximadamente y me fue concedido.

Con el permiso concedido, se concretó la decisión de desertar y convertirme en ilegal, el señor Brady me recibió amablemente y otro día por ser domingo, lo acompañé, después del desayuno, al servicio religioso. No pudo acompañarme a la parada de los autobuses que de haberlo hecho, se habría dado cuenta que iba con rumbo al sur y con destino a Sacramento, California, y tal vez dada su manera de comportarse me hubiera disuadido de mi propósito.

El viaje hasta Sacramento transcurrió sin novedad, salvo un pequeño sobresalto, cuando un individuo con uniforme subió el autobús y empezó a mirar hacia las maletas y a los pasajeros y pensé que hasta ahí había llegado mi intención de permanecer en territorio estadounidense, sin embargo, solo se trataba de una inspección agrícola, al llegar a Sacramento y ante el temor de ser descubierto, de inmediato abordé el autobús con destino a Colusa, California, un pequeño pueblo en el que desde hacía varios años residía Vicente, un primo hermano con quien conviví en los primeros años de mi infancia.

Con verdadera sorpresa me recibió Vicente, que aunque sabía que yo andaba en calidad de bracero en EE.UU., nunca pensó la posibilidad de que fuera a visitarlo y cuando le conté mi odisea, se ofreció a darme alojamiento en su casa mientras esperábamos como iban presentándose las oportunidades de trabajo.- Mi primo era dueño de un establecimiento dedicado a la venta de cerveza y adjunto un salón de billares, así es que me levantaba temprano para la limpieza del establecimiento y durante el día lo auxiliaba en las labores propias del establecimiento y aún cuando en California siempre hay algo que hacer, los trabajos agrícolas disminuyen durante el invierno, pero con todo y esto había días que salía a realizar algún trabajo en los alrededores del pueblo.

En mi vida nunca estuve inclinado hacia la ilegalidad, por esto cada vez que salía a realizar algún trabajo, lo hacía con el constante temor de ser aprehendido por las autoridades migratorias y como por ese tiempo empezaba el trabajo de desajijar lechuga en el área de Salinas, para allá me fui en

compañía de dos paisanos, con quienes había hecho una amistosa relación, pero sucede que como a las dos semanas de estar trabajando, una tarde, después de la cena, tres carros negros rodearon las casas donde vivíamos los aproximadamente cuarenta trabajadores y los ocupantes de los carros nos ordenaron reunirnos en el comedor, para revisar nuestro papeles de identidad y según aclararon, comprobar cuantos alambristas, cuantos mojados y cuantos desertados había en el lugar.

Obvio, resulta aclarar que la mayoría resultamos con la descripción que estos personajes había adelantado, mojados, los que se internan a nado; alambristas, los que brincan la cerca fronteriza, donde la hay; y los desertores, como en mi caso, quedando solo cuatro que tenían legalmente su estancia; todos los demás fuimos a mal dormir a una pequeña cárcel y por la mañana fuimos conducidos a un campo de detención, cuyas instalaciones a la orilla del mar cerca de San Francisco, habían estado dedicadas al entrenamiento de quienes eran enviados al frente de batalla en Europa; en este lugar llamado Sharp Park pasamos cerca de un mes, esperando que se completara el suficiente número de deportados para organizar un tren.

Por principio, se nos recibió con un espléndido desayuno, (como han cambiado los tiempos, en un período de 40 o 50 años, cuando los brazos del mexicano eran de extremada urgencia); posteriormente, se nos instruyó acerca del comportamiento que debíamos observar, durante nuestra estancia en este lugar; se nos enseñó a tender la cama de manera que al arrojar una moneda en la superficie de ésta, rebotaba por lo tirante que quedaban sábanas y cobijas; no había mucho quehacer pero se nos dijo que

voluntariamente podíamos escoger, si queríamos hacer algo y yo me enrolé en la lavandería ya que me daba la oportunidad de lavar y planchar mi propia ropa; aquí se lavaba y planchaba toda la ropa de las camas y para las sábanas había unos enormes rodillos calientes en los que dos personas metían la sábana extendida y otras dos del otro lado, las recibían y doblaban listas para su uso.

Esta operación se realizaba dos veces por semana y duraba cuando mucho unas dos horas, así que quedaba tiempo para caminar por la playa hasta el límite del campo de detención.- Casi todos los días llegaban nuevos ilegales, que las autoridades migratorias enviaban, hasta que se completó el tren para ser deportados.- Durante mi estancia en Sharp Park, y después de mucho meditarlo, le escribí una carta al señor Brady, contándole lo que había hecho, lo que me había sucedido y el lugar y las condiciones en que me encontraba y no tardé mucho en recibir su respuesta en una carta enviada más bien a la autoridad a cargo del centro de detención en la que daba a exponer la clase de empleo que desempeñaba y ofreciéndose a hacerse cargo de tramitar lo necesario, para legalizar mi estancia en territorio estadounidense.

Sea por el estado de ánimo en que me encontraba, o también por el hecho de estar conciente de haber cometido algo ilegal, no quise averiguar si había alguna posibilidad de cumplir con el deseo del señor Brady y finalmente, completado el número de ilegales para integrar un convoy ferroviario, fuimos enviados bajo custodia, hacia territorio mexicano y como a cada uno se nos había preguntado hasta donde queríamos nuestro transporte yo opté por la ciudad de México, sin tener una idea exacta de lo que podía suceder una vez llegado a ésta.

A mi arribo a la ciudad de México, fui directamente a la casa de un viejo amigo de mi infancia llamado Juvenal y no soy inclinado a creer en la suerte, pero esta vez sí funcionó mi buena estrella, pues al siguiente día de haber llegado pasaron unas personas entregando solicitudes para todos aquellos que desearan ir a trabajar a los EE.UU.- Estas solicitudes se llenaban con los datos del lugar de origen, domicilio, ocupación y algunas otras preguntas sin mayor importancia, entre ellas, una como la de que si alguna vez había viajado a los EE.UU. pregunta que yo respondí con un no; se explicaba en ellas, que en uno de los periódicos de mayor circulación, empezarían a aparecer listas de 100 solicitantes que ese día deberían presentarse en el domicilio indicado para realizar los trámites para su contratación.

Y pasados unos días, empezaron a salir en el periódico las listas de los que deberían presentarse a realizar los trámites para su contratación y unos cuantos días después apareció mi nombre un tanto temeroso de que hubiera algún reporte, sobre mi comportamiento, que por fortuna no sucedió y sin mayores objeciones estaba ese mismo día firmando mi nuevo contrato por seis meses, esta vez sabiendo que iba a trabajar en California y para ser preciso destinado a San José, agradable ciudad, localizada en el valle de Santa Clara, poco más de unos cien kilómetros al sur de San Francisco y cuya principal cosecha era la ciruela que mediante el proceso de secado, se elaboran las sabrosas ciruelas pasas.

Todavía no empezaba la pizca de ciruela y nos ocupaban para efectuar algún otro trabajo y un día de mediados de agosto, un grupo de seis estábamos pizcando una huerta de chabacanos en las goteras de la ciudad, cuando un poco después de medio día, empezamos a escuchar un gran alboroto, pitos de locomotoras, campanas repicando y claxones de automóvil provocando un gran escándalo y pronto nos enteramos cual era el motivo de toda esta algarabía: la guerra había terminado; el resto de esa tarde y la noche y el día siguiente, fueron de fiesta, la gente bailando y abrazándose en las calles y para terminar un desfile de carros adornados ocupados por bellas damas lanzando besos a los cuatro puntos cardinales.

A nuestro arribo a San José, un grupo de veinte trabajadores fuimos alojados en habitaciones junto a una planta secadora de ciruela en la que desde el comienzo de la pizca, se establecieron tres turnos de operación quedando los veinte repartidos en los turnos de acuerdo a las necesidades de funcionamiento; en el turno de noche fueron pocos los asignados, entre ellos quedó el "cinta colorada", apodo ganado a pulso porque este compañero compró un sombrero de palma y le acopló un listón rojo, pero ese sombrero bien sujeto a la barba por medio de la cinta, no se lo quitaba ni de noche ni de día pues de día dormía con el sombrero.- El trabajo más pesado de esta planta era el realizado por dos, uno a cada lado de la banda transportadora a donde llegaban unas tablas con un bordo en las orillas conteniendo una capa de ciruelas y acomodarlas perfectamente alineadas en plataformas adecuadas, provistas de rodillos para enviarlas a los hornos de secado.

Al finalizar la temporada de la ciruela, el grupo fue dividido, y en unidades de cuatro o cinco elementos, fuimos enviados a lugares en los que había trabajo más permanente, por mi parte quedé integrado con tres compañeros: Rafael "el niño" por su cara infantil; Ramón "el penco" por sus características campiranas, que nunca cambió y Ángel y yo; entre los cuatro formamos una especie de equipo bastante unido en todas nuestras actividades.

Nuestra primera experiencia laboral, fue aprender lo relacionado con el cultivo de los viñedos, bajo la supervisión de dos ciudadanos de origen italiano con los que llegamos a entendernos casi perfectamente, ya que lo que no entendíamos lo adivinábamos, ya fuera por señas o por su entreverado uso del idioma inglés, cuyos siguientes ejemplos nos muestran la realidad de lo que ocurría.